

Toda una vida en cartelera

Carteles y signos gráficos urbanos

Marta Granados

Alcaldía Mayor de Bogotá, Instituto Distrital de Cultura y Turismo, Publicar, Bogotá, 2003, 141 págs., ilustrado

Un viajero que intente recordar las ciudades donde ha estado podrá empezar su recorrido limitando los espacios a calles, restaurantes, tiendas, esquinas, edificios, plazas, personas, puentes, sombras. Puede que al cabo del tiempo se le acaben confundiendo, pero sin lugar a dudas podrá recordarlas también por un elemento adicional: el diseño gráfico que haya visto en ellas. Y esto por una sencilla razón: los códigos visuales forman parte de nuestra manera de relacionarnos con el mundo. Cada vez tenemos más educado el ojo hacia los carteles gigantes que cubren los museos, hacia los signos de las direcciones, hacia los logotipos de los productos, hacia las carátulas de los libros. Casi sin saberlo, todas las personas hemos desarrollado un sistema de códigos visuales que forman parte de nuestro sistema de vida. Y ya nos es imposible vivir sin ellos. Y son estos símbolos, los cuales se van sedimentando en la memoria, aquellos que le dan un sabor específico a la ciudad y a la época en que la vivimos. No me refiero a un estilo en particular o a una escuela. Me refiero a una calidad gráfica que sintetiza nuestra manera de sentirnos identificados con lo que vemos, ya que nos habla en nuestro propio idioma. ¿Y cuál es nuestro propio idioma? Marta Granados parece saber la respuesta: colores vivos, rítmicos, abstracciones geométricas, contrastes cromáticos.

En Colombia hemos tenido la nunca muy valorada fortuna de contar con excelentes artistas gráficos que nos han acostumbrado a exigir calidad visual, claridad conceptual y creatividad en cada logotipo o pieza gráfica que encontramos. Nombres

capitales como Jorge Consuegra, Dicken Castro o Marta Granados —por sólo mencionar a algunos de ellos— forman parte ya de nuestra formación —y concepción— visual. Y no podemos desprendernos de ella.



Y es esta última diseñadora quien presenta *Carteles y signos gráficos urbanos*, libro excepcional desde todo punto de vista. Cualquiera persona colombiana o extranjera que haya vivido en Colombia en los últimos cuarenta años dirá al ver el contenido de éstas páginas: ¿Esto es de Marta Granados? ¡Claro, si yo vi esa película! ¡Yo estuve en esa obra de teatro! En fin. Reacciones que nos confirman cómo su obra ha sabido ser una puerta de entrada a un mundo maravilloso, o mejor, un diseño que ha marcado una época, que ha dejado huella en miles de personas y que se ha sabido interrelacionar con el producto de tal manera que ya es indisoluble el uno del otro. Y esto genera resultados tan extraordinarios como son, entre otros, que las nuevas generaciones de diseñadores cuenten con unos referentes locales arraigados, así como con las herramientas que les permita tener un criterio para valorar lo foráneo y por supuesto lo propio.

Este libro no reúne sus logotipos, tan importantes en lo que venimos diciendo, sino su obra dedicada a los carteles, donde, al igual que en el campo anterior, ha tenido aciertos memorables.

Tal como lo demuestra el presente volumen, resultó de capital importancia su colaboración con la alcal-

día de Antanas Mockus, ya que al identificar determinadas necesidades de la ciudad nacieron símbolos como la mano con el pulgar hacia arriba o hacia abajo, las manos unidas en señal de rezo, en fin, tantas formas que complementaban a la perfección el lenguaje que en su momento el alcalde Mockus consideraba indispensable para crear la denominada “cultura ciudadana”, la cual se basaba en la formación del ciudadano mediante la educación y no a través del castigo. Algo tan impresionante como las llamadas “estrellas negras”, las cuales están formadas por una mano doblada vista de perfil y rematada por un punto, señalaron los lugares en los cuales fueron atropelladas las personas. Y hoy son referentes espeluznantes, como figuras caídas en la batalla ciudadana.

Lo que se quiere decir con esto es que Marta Granados ha sido —y sigue siendo— una diseñadora, no de interiores, sino una diseñadora gráfica de exteriores. Ha sabido convertir una abstracta necesidad general en un concreto símbolo particular, con tan pocos elementos que son incuestionables en su funcionamiento. Y su relación con el habitante, con el transeúnte, incluso con el propio conductor de automóvil, ha creado una efectiva conexión inmediata, con un significado claro y contundente.

El director de la Bienal Internacional del Cartel en México, el mexicano Xavier Bermúdez, dice en su presentación del libro una frase que aparentemente es una perogrullada: que su obra está íntimamente ligada con su país. No hay mayor homenaje que se le pueda hacer a un artista que decirle que su obra pertenece a un pueblo, que es el reflejo de una región específica del mundo, y que a su vez la utilización de un lenguaje particular puede ser apreciado y entendido en cualquier parte del planeta. Y agrega: “De una manera bella, poética y sintética, devuelve a los habitantes de su ciudad natal lo que ellos están generando culturalmente. Esta cercanía le permite a Marta hacer suyos los mensajes que produce, logrando una comunicación ama-

ble y respetuosa, memorable y convincente, con los espectadores de su obra". La respuesta masiva de sus admiradores es una de sus grandes conquistas.

Pero, ya que hablamos de conquistas, detengámonos por un momento en su peculiar estilo. En varias ocasiones Marta Granados ha dicho que quien no domine las formas geométricas elementales y los colores primarios jamás podrá ser diseñador. Y vaya que ella sí cumple con esa norma. En la mayoría de los casos las cortantes diagonales, las inmensas zonas de color, los círculos rotundos, son aquí nuevamente inventados por sus manos y para nuestros ojos. Pero hay más. En el prólogo a este libro, Marta escribe unas acertadas palabras que sintetizan su labor como diseñadora gráfica: "La seducción traducida en la magia creativa frente al desafío de la comunicación". Más de treinta años de trabajo le permiten llegar a una conclusión tan sencilla pero tan compleja como la anterior. Es interesante advertir que palabras como *desafío* y *comunicación*, las complementa con *magia* y *seducción*. Lo racional de los dos primeros términos se complementan con lo emotivo de los dos últimos.



Emoción y reflexión parecen ser los ejes en los que se mueve Marta Granados, una gran diseñadora que ha obtenido múltiples premios nacionales e internacionales, pero sobre todo la admiración no sólo de sus colegas sino del anónimo peatón que se ve felizmente sorprendido por un afiche suyo sobre una pared.

Y lo siente que es para él, que habla su idioma. Y que es suyo. No de Marta Granados.

RAMÓN COTE BARAIBAR

Ay, hombre

El abc del vallenato

Julio Oñate Martínez

Bogotá, Aguilar, Altea, Taurus y Alfaguara, 2003, 474 págs.

Nacido en Villanueva, Julio Oñate Martínez es ingeniero agrónomo de la Universidad del Tolima, agricultor y compositor de música vallenata. Autor de números ya clásicos como *La muerte del buen amigo* y, dicen las malas lenguas, de merengues medio anónimos y hermosos que andan por ahí en nombre de otro. Su pensamiento se ubica dentro de lo que en alguna otra parte he denominado "vallenatología oficial"; es decir, las tesis formuladas originalmente por Consuelo Araújo Noguera y luego reelaboradas por Tomás Darío Gutiérrez que construyen una especie de "teoría de la vallenaticidad" basada en la consideración de que Valledupar es el centro de la música de casi todo el antiguo Magdalena Grande. Ya he señalado las limitaciones localistas de esta mirada y sus dificultades para comprender los procesos sociales y culturales de la región costeña, pero el libro de Julio Oñate puede ser leído independientemente de esta concepción. Su investigación empírica tiene virtudes propias y evidentes para quien conozca de pueblos y trochas en la región costeña. Creo que el mayor mérito del libro reside en su carácter ponderado, en que interpreta la información que recoge con elementos de valoración racional y sin ánimo de torcerle el cuello a los hechos. Con esto por lo menos logra poner cosas en claro y muestra cierta "humildad científica", que es la precondition de todo trabajo in-

telectual serio. Cosa no muy frecuente en lo que a música popular se refiere, donde hay muchos textos sobre vallenato y salsa llenos de especulaciones grandiosas carentes del necesario bagaje conceptual de carácter sociológico y antropológico, para no hablar del trabajo de campo.



Puedo decir tranquilamente que, junto con el libro de Ciro Quiroz, es lo mejor que hay sobre el vallenato (conste que no clasifico como vallenato a Alejo Durán, por lo cual el excelente librito de José Manuel Vergara no se da por aludido). Capta bien el proceso de adaptación del acordeón a tierras vallenatas. Su registro descriptivo de las funciones y cambios técnicos en el acordeón a través de la historia del Valle esta bien logrado, sobre todo en lo que se refiere a las relaciones que sugiere entre ciertos cambios técnicos, la capacidad expresiva y la popularidad de algunos músicos. Personalmente me hubiera gustado saber sobre la asimilación del acordeón "número cinco" por los grandes intérpretes de la puya de otros tiempos. En todo caso, se abren a partir de aquí grandes posibilidades de interpretación histórica que se le escapan al mismo Julio Oñate: se podría especular conectando el Tres Coronas con la masificación de la música vallenata durante los años 1950. En cambio, es débil el capítulo sobre el acordeón piano, donde no pasa de hacer enumeraciones sencillas sin tener en cuenta que se trataba de un cambio técnico importante que tenía lo suyo de cambio social y estético. Se trata de un instrumento que va dentro del